

NOVENA ÉPOCA.

*Scipion, ó Cartago vencida.*

552 El año 552 de la fundacion de Roma, cerca 202  
de 250 años de la de la monarquía de los persas,  
y 202 antes de la venida de Jesucristo, los ro-  
manos sometieron Cartago á su poder. Anibal  
no cesaba bajo mano de suscitarles enemigos  
por do quiera que le era posible; pero ningun-  
a otra cosa consiguió mas que arrastrar en la  
ruina de su patria y en la suya á todos sus ami-  
gos antiguos y modernos. El cónsul Flaminio  
556 con las victorias que consiguió sobre Filipo, 198  
558 rey de Macedonia, aliado de los cartagineses, 196  
hundió su poder y redujo á los reyes de Ma-  
cedonia á un estrecho límite, dejando á la Gre-  
cia libre de su yugo. Los romanos intentaron  
559 deshacerse de Anibal, á quien encontraban to- 193  
davía temible aun despues de derrotado. Este  
gran capitan, obligado á dejar su pais para  
salvarse, puso en movimiento á todo el Orien-  
te contra ellos, y llamó su atencion por la  
parte del Asia, á donde atrajo á sus ejércitos.  
Por influjo y persuasion de sus poderosos ra-  
561 zonamientos, Antioco el Grande, rey de Siria, 193  
concibió celos de su poder, y les declaró la  
guerra; pero al hacérsela no siguió los conse-  
jos de Anibal, que fué quien le empeñara en  
ella. Batido por mar y por tierra, vióse obli-

gado á recibir la ley que le plugo imponerle  
el cónsul Lucio Scipion, hermano de Scipion  
el Africano, quien le estrechó hasta el punto de  
dejarle cercado en el monte Tauro. Anibal, re-  
fugiado á la córte de Prusias, rey de Bitinia,  
solo pudo librarse de caer en manos de los ro-  
manos tomando un veneno. Estos hiciéronse  
temibles por todas partes, en razon de que no  
querian rivales ni sufrir otro poder mas que el  
suyo. Los reyes viéronse obligados á entregarles  
en rehenes sus hijos para responderles de su fi-  
delidad. Antioco, llamado despues el Ilustre, ó  
Epífanés, hijo segundo de Antioco el Grande,  
rey de Siria, permaneció por mucho tiempo en  
568 Roma en calidad de tal; pero fué puesto en 176  
libertad al fin del reinado de su hermano pri-  
mogénito Seleuco Filopator, exigiendo los ro-  
manos que les entregase en su lugar á Deme-  
579 trio Sotero, hijo del rey, y entonces de edad 173  
de diez años. Durante este contratiempo mu-  
571 rió Seleuco, y Antioco usurpó la corona á su 182  
sobrino. Por entonces hallábanse los romanos 182  
581 muy ocupados en la Macedonia, en donde Per- 173  
seo inquietaba á sus vecinos, y no queria cum-  
581 plir ni atenerse á las condiciones impuestas al 173  
rey Filipo su padre.  
Entonces fué cuando comenzaron las per-  
secuciones contra el pueblo de Dios. Antioco el  
Ilustre reinaba como un energúmeno: volvió  
todo su furor contra los judíos, y emprendió



no solo arruinar el templo, sino hacer desapa-  
 583 recer toda la nacion y abolir la ley de Moisés. 171  
 La autoridad de los romanos le impidió que se  
 hiciese dueño del Egipto. Hacian éstos la guerra  
 á Perseo, quien mas pronto y arrojado para  
 emprender que para ejecutar, perdía sus alia-  
 dos por su avaricia, y sus ejércitos por su co-  
 bardía. Vencido por el cónsul Paulo Emilio,  
 586 vióse obligado á entregarse á él. Gencio, rey de 164  
 Iliria, su aliado, deshecho en treinta dias por el  
 pretor Anicio, acababa de experimentar una  
 suerte igual. El reino de Macedonia, que lleva-  
 ba de duracion setecientos años, y que por espa-  
 cio de cerca de doscientos habia dado reyes no  
 solo á la Grecia, sino tambien á todo el Oriente,  
 quedó reducido desde entonces á no ser mas  
 que una provincia romana. El furor de Antio-  
 co iba en aumento contra el pueblo de Dios; y  
 por entonces viéronse aparecer la resistencia de  
 Matatías, sacrificador, de la familia de Finees, é  
 587 imitador de su fé; las órdenes que dió al mo- 167  
 588 rir, dirigidas á la salud de su pueblo; las vic- 166  
 torias de su hijo Judas el Macabeo, á pesar del  
 infinito número de sus enemigos; la elevacion  
 de la familia de los Asmoneos ó de los Maca-  
 589 beos; la nueva dedicacion del templo que los 165  
 gentiles acababan de profanar; el gobierno de  
 Judá y la gloria del sacerdocio restablecida;  
 590 la muerte de Antioco, digna de su impiedad y 164  
 de su orgullo, su mentida conversion durante

su última enfermedad y la implacable ira de  
 Dios contra este rey soberbio. Su hijo Antioco  
 Eupator, de tierna edad todavía, fué quien le  
 sucedió, bajo la tutela de Lisias. Durante esta  
 menor edad, Demetrio Sotero, que se hallaba  
 en rehenes en Roma, creyó poderse restablecer;  
 pero no pudo conseguir del senado le conce-  
 diese permiso para volver á su reino; porque  
 la política romana preferia que el gobierno del  
 reino estuviese á cargo de un niño.  
 591 Bajo el gobierno de Antioco Eupator con- 163  
 tinuaron la persecucion del pueblo de Dios y  
 592 las victorias de Judas el Macabeo. Introdúcese 162  
 la division en el reino de Siria; Demetrio se  
 fuga de Roma; los pueblos le reconocen, y el  
 jóven Antioco y su tutor Lisias fueron asesi-  
 nados. Mas los judíos no fueron mejor tratados  
 por Demetrio que por sus predecesores; él es-  
 perimentó la misma suerte; sus generales fue-  
 ron derrotados por Judas; y la mano del so-  
 593 berbio Nicanor, aquella misma mano con que 161  
 habia amenazado al templo, fué clavada en  
 frente de sus muros. Pero á poco tiempo des-  
 pues, Judas, cargado por una multitud de ene-  
 migos, no pudo resistir á su embate, y murió  
 combatiendo con un valor admirable. Sucedió-  
 le en el mando su hermano Jonatás, quien sos-  
 tuvo su reputacion, y reducido al último es-  
 tremo, no le abandonó por eso su valor. Los  
 romanos, enagenados de gozo por ver humi-



llados á los reyes de Siria, otorgaron á los ju-  
díos su proteccion, acordándoles la alianza que  
Judas les habia pedido, sin que por eso les en-  
viasen socorro ninguno; porque la gloria del  
nombre romano era tal que su nombre solo  
era un gran auxilio para un púeblo afligido.

Las turbulencias de la Siria iban crecien-  
do de dia en dia. Alejandro Balas, que se jac-  
taba de ser el hijo de Antioco el Ilustre, fué  
colocado en el trono por los de Antioco. Los  
reyes de Egipto, perpetuos enemigos de la Si-  
ria, tomaban parte en sus discordias para sa-  
car partido de ellas. Tolomeo Filometor sostu-  
vo á Balas; la guerra fué sangrienta; Demetrio  
Sotero fué muerto en ella, y no dejó para ven-  
gar su muerte mas que dos hijos de tierna  
edad, Demetrio Nicator y Antioco Sidetes; por  
cuya razon el usurpador se mantuvo en el  
trono pacíficamente, y el rey de Egipto le dió  
por esposa á su hija Cleopatra. Balas, creyén-  
dose superior á todo, abandonóse á la disolu-  
cion, con lo que se atrajo el desprecio de to-  
dos sus súbditos.

Durante este tiempo fué cuando Filometor  
falló el famoso proceso que suscitaron ante él  
los samaritanos y los judíos. Aquellos cismá-  
ticos, siempre enemigos del púeblo de Dios,  
aprovecharon cuantas ocasiones se les vinieron  
á las manos para unirse á sus enemigos; y pa-  
ra complacer á Antioco el Ilustre, su persegui-

dor, consagraron su templo de Garizim dedi-  
cándole á Júpiter Hospitalario. A pesar de esta  
profanacion, aquellos impíos se atrevieron á  
sostener algun tiempo despues en Alejandria y  
ante Tolomeo Filometor la supremacia de su  
templo sobre el de Jerusalem: acudieron ambas  
partes á defender los respectivos derechos de  
sus templos ante dicho Filometor, comprometiéndose unos y otros bajo pena de la vida á  
justificar sus pretensiones por el testo de la ley  
de Moisés. El fallo fué favorable á los judíos,  
y los samaritanos fueron condenados á muerte  
con arreglo á lo que convinieran. El mismo  
rey dió permiso á Onías, del linage sacerdotal,  
para que edificase en Egipto el templo de He-  
liópolis por el modelo del de Jerusalem: em-  
presa que fué reprobada y condenada por el  
consejo de los judíos, declarándola contraria á  
la ley.

Cartago se hallaba ágitada, y sufría con  
trabajo y á duras penas las leyes que Scipion  
el Africano le impusiera. Los romanos, adver-  
tidos de esta fermentacion, resolvieron aca-  
bar con ella, y emprendieron la tercera guer-  
ra púnica.

El jóven Demetrio Nicator, salido de la mi-  
noridad, pensaba en restablecerse sobre el trono  
de sus antepasados, sirviéndole de gran espe-  
ranza para conseguirlo la molicie del usurpa-  
dor. Al aproximarse Balas se turbó; su suegro



Filometor se declaró contra él, porque Balas no quiso dejarle ocupar su reino: la ambiciosa Cleopatra, su muger, le abandonó para casarse con su enemigo; y al fin pereció á manos de los suyos despues de haber perdido una batalla. Filometor murió pocos dias despues de resultas de las heridas que recibió en ella, y por este medio la Siria quedó libre del yugo de sus dos enemigos.

Por este mismo tiempo cayeron y fueron arruinadas dos grandes ciudades. Cartago fué tomada y reducida á cenizas por Scipion Emiliano, por cuya victoria se le confirmó el nombre de Africano en su casa, y se manifestó digno heredero del gran Scipion su abuelo. Corinto tuvo la misma suerte, y la república ó la liga de los acheos acabó con ella. El cónsul Mummio arruinó hasta los cimientos de esta ciudad, la mas voluptuosa y la mas embellecida de la Grecia. Mandó transportar á Roma las incomparables estátuas que habia en Corinto, y lo hizo sin conocer su mérito, porque los romanos ignoraban por entonces las bellas artes de la Grecia, hallándose muy satisfechos con saber el arte de la guerra, la política y la agricultura.

Durante las turbulencias de Siria fortificáronse los judíos: Jonatás vió solicitada su alianza por los dos partidos, y vióse tratado como hermano por Nicator victorioso. No tardó mu-

cho éste en recibir la recompensa: en una sendición corrieron los judíos para sacarle, como lo lograron, de entre las manos de los rebeldes. Jonatás fué colmado de honores; pero luego que el rey se creyó ya asegurado, volvió á seguir el sistema de sus antepasados, y los judíos comenzaron á ser nuevamente atormentados.

Renováronse las turbulencias de la Siria: Diodoto, por sobrenombre Trifon, educó á un hijo de Balas, á quien puso por nombre Antioco el Dios, y le sirvió de tutor durante su menor edad. El orgullo de Demetrio concitó contra sí el ódio de sus pueblos: toda la Siria se hallaba en combustion: Jonatás supose aprovechar de esta ocasion, y renovó su alianza con los romanos. Todo le salia á medida de sus deseos, cuando Trifon, faltando á su palabra, le hizo perecer con sus hijos. Su hermano Simon, el mas prudente y dichoso de los Macabeos, fué quien le sucedió; y los romanos le protegieron como habian protegido á sus predecesores. El infiel Trifon se condujo con su pupilo Antioco como se condujera con Jonatás; valióse de los médicos y del pretesto de curarle el mal de piedra, de que no adolecia, para hacerle perecer como lo consiguió, por cuyo medio hizo dueño de una parte del reino. Simon abrazó el partido de Demetrio Nicator, rey legítimo; y despues de haber obtenido de él la li-



bertad de su país, supo defenderla con las armas contra el rebelde Trifon. Los sirios fueron espulsados de la ciudadela de Jerusalem, y en seguida de todas las demás plazas de la Judea. Libres ya los judíos del yugo de los gentiles por el valor de Simon, le concedieron á él y á su familia los derechos y prerogativas de la dignidad real, en cuyo nuevo establecimiento consintió Demetrio Nicator. Desde aquel suceso data el nuevo reino del pueblo de Dios, y el principado de los Asmoneos unido en perpetuidad al supremo sacerdocio.

Por aquellos mismos tiempos se engrandeció el imperio de los partos, estendiéndole por la Bactriana y las Indias las victorias de Mitrídates, el mas valiente de los Arsacidas. Cuando avanzaba hácia el Eufrates, Demetrio Nicator, enviado á llamar por los pueblos de aquella region que Mitrídates acababa de someter á su imperio, esperaba reducir á la obediencia á los partos, á quienes los sirios trataban siempre como rebeldes. Consiguió muchas victorias sobre ellos; y pronto ya á volverse á la Siria para aterrar allí á Trifon y acabar con él, cayó en un lazo que un general de Mitrídates le tendió, quedando prisionero de los partos. Creyéndose ya Trifon asegurado con la desgracia de este príncipe, vióse de repente abandonado de los suyos, cansados ya de sufrir su orgullo, que les era insoportable. Du-

rante la prisión de su rey legítimo Demetrio, se entregaron á su muger Cleopatra y á sus hijos; pero fué necesario buscar un defensor á estos príncipes que eran de tierna edad. Este cuidado concernia naturalmente á Antioco Sidetes, hermano de Demetrio; Cleopatra dióle á reconocer en todo el reino. Ann hizo mas: Fraates, hermano y sucesor de Mitrídates, trató á Nicator como rey, y dióle por esposa á su hija Rodoguna: Cleopatra, en ódio á esta rival porque la desposeia de la corona quitándola su marido, se casó con Antioco Sidetes, y resolvióse á reinar, sin que la arredrasen para cumplir su propósito los crímenes por donde habia de pasar para dar cumplimiento á su resolución. El nuevo rey atacó á Trifon; Simon se unió á él para esta empresa; y el tirano, estrechado en todas sus plazas, tuvo el fin que se mereció. Antioco, dueño ya del reino, olvidóse de los servicios que Simon le prestara en esta guerra y le hizo perecer. Mientras que reunia contra los judíos todas las fuerzas de la Siria, Juan Hircano, hijo de Simon, sucedió á su padre en el pontificado, y el pueblo todo se sometió á su poder. El sostuvo el sitio de Jerusalem con mucho valor; y la guerra que Antioco meditaba contra los partos para librar á su hermano de la cautividad, procuró á los judíos condiciones soportables.

Al mismo tiempo que se firmaba este tra-